Página/12

ESCUELA PARA PADRES

17 Los chicos del Tercer Milenio

por Eva Giberti



El divorcio y los hijos



FOTO: DANIEL GUEMES

Eva Giberti

Licenciada en Psicología de la Universidad Nacional de Buenos Aires.
Psicoterapeuta.
Representante en Argentina de la Federación Internacional de Escuelas para Padres y Educadores (con sede en Francia).
Docente en universidades nacionales y latinoamericanas.
Asistente social, egresada de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA.
Codirectora de la Maestría en Ciencias de la Familia, Universidad Nacional de Gral. San Martín.
Dirige el área de adopción en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.
Sus libros *Escuelas para Padres* y *Adolescencia y Educación Sexual* agotaron todas las ediciones. Escribió, entre otros textos, *La adopción*, *Hijos del Rock*, *Política y Niñez* (en colaboración), *Incesto paterno filial*. *Tiempos de mujer*.
Es autora de numerosos ensayos y colaboraciones publicadas en **Página/12** y otros periódicos nacionales.

EDICION: *Marta Dillon*
DISEÑO: *Ros*
DIAGRAMACION: *Juliana Rosato*
ILUSTRACIONES: *Augusto Constanzo*

I.S.B.N.: 987-503-189-5
Impreso en el mes de septiembre de 1999 en IPESA, Magallanes 1315 Cap. Fed.

Ante la duda...

Escuela para Padres agradece la cantidad de correspondencia que llega a esta sección, sin embargo, para responder con seriedad las preguntas que se refieren a síntomas o problemas de los niños, las niñas o las familias, es preciso recurrir a la técnica de entrevista. Las preguntas y respuestas que se editan en esta sección evidencian cuál es mi posibilidad de contestar: las que se refieren a temas que pueden interesar en general. Tampoco es tarea de _Escuela para Padres_ asesorar a estudiantes y profesionales acerca de bibliografía. Responder a dichas demandas implica disponer de una cantidad de tiempo que no está previsto en la producción de los fascículos. Comprendo el interés de quienes escriben y agradezco la confianza que ello significa, pero agradeceré que, para no frustrarse por la falta de respuestas personales, quieran tener en cuenta esta advertencia.

Todas las noches la nena se despierta y se pasa a nuestra cama. No quiere volver a su camita. ¿La dejamos con nosotros?

De ninguna manera. en primer lugar, no siempre se trata de lo que los chicos quieren, por ejemplo en ese caso. Los chicos duermen en sus camas y los padres en la cama de los adultos (ya se que en las villas miseria se duerme como y donde se puede, pero quienes habitualmente hacen esta pregunta viven en departamentos o casas). Es una manera de entrenar la independencia nocturna de los hijos. Salvo situación excepcional, los chicos tendrán que aceptar que no valen sus argumentos para "pasarse" a la cama de los padres.
En segundo lugar, mamá y papá duermen juntos porque son una pareja y por la noche precisan convivir sin la precensia de los hijos. Quienes –sistemáticamente– admiten a los chicos en su cama deberían preguntarse qué sucede con su vida sexual, ¿por qué incorporan a un tercero entre ellos? O sea, no tengo que analizar la decisión de los chicos, sino un significativo problema por parte de los apdres.
En tercer lugar, los chicos insisten en su pretensión cuando registran –y son campeones en esta clase de registros– que su papá y su mamá están dispuestos a transigir. Es decir, que los hijos, son los que mandan. ¿Ustedes creen que ese descubrimiento los tranquiliza? En cuarto lugar: dormir con los hijos pequeños produce un efecto sensorial tierno y libidinal, por eso a muchos padres les resulta agradable hacerlo. Por su parte, los chicos se excitan con ese contacto cuerpo a cuerpo, lo cual no es problema, pero sí puede serlo el hecho que confunde a los chicos que no saben qué hacer ni cómo tramitar esa excitación.
Se les explicará por qué no se los autoriza y, sin necesidad de convertirse en padres rígidos –los domingos por la mañana por ejemplo, jugar con ellos en la "cama grande"– es necesario ayudarlos para que admitan la separación nocturna y el derecho a la intimidad de los padres.

Eva Giberti

Las preguntas de los padres se podrán enviar por e-mail a lectores@pagina12.com.ar o por correo a Belgrano 673, (1097) Capital Federal.

El divorcio y los hijos



IMAGE BANK

PRESENTACIÓN

Aunque parecería que estuviera todo dicho acerca del divorcio, permanentemente nos encontramos con dudas parentales, y en oportunidades dialogamos con jueces que, a su vez, se enfrentan con chicos que hacen nuevas preguntas y que se involucran en la separación.

Los hijos de padres divorciados se convirtieron en un mito, como si fatalmente tuviesen que desembocar en cuadros neuróticos o en transgresiones a las leyes. Pero en la realidad no ocurre de ese modo. Los problemas aparecen cuando el divorcio de los padres se articula con otros problemas de los chicos y con su carencia de recursos psíquicos para enfrentar la situación. Por otra parte, los hijos crean estrategias para convivir de manera diferente con su padre y con su madre. La tradicional discusión por la cuota alimentaria se dirime en tribunales y no mediante los chicos, enseñándoles que su padre es malo. Del mismo modo, descalificar a la madre porque tiene una nueva pareja sólo consigue problematizar la imagen de una mujer capaz de disfrutar amorosamente. Entonces, introducir contradicciones y paradojas destinadas a atacar al otro cónyuge es uno de los motivos que, posteriormente, actúan negativamente en el equilibrio psíquico de los hijos.

Una ruptura dolorosa

Sin dudas el divorcio es un hecho doloroso para toda la familia –que incluye también a abuelos y amigos– y sobre todo para los hijos, testigos permanentes de las dificultades de los padres. Los chicos deberán aprender también de las contradicciones que se plantean dentro de la vida doméstica: los padres ya no se mantendrán unidos como se esperaba y muchas veces depositan sobre los hijos frustraciones propias que ponen en riesgo el respeto que los menores sentían hacia ellos.



Cuando la pareja decide divorciarse ya transitaron largas horas de dolor e incertidumbres; a veces también de violencias. Comienza otro camino, el de los trámites, la información a los amigos y familiares (que en algunos casos "veían venir" la separación y en otras oportunidades no podían creerlo), y el diálogo con los chicos. Por lo general los hijos –testigos permanentes de las diferencias insuperables entre sus padres– se hacen cargo de la información que reciben y en el primer momento no preguntan demasiado.

No es posible generalizar describiendo qué es lo que hacen "los" chicos porque las respuestas varían según la edad y las diversas situaciones, pero podemos describir lo que se espera que los padres intenten hacer.

La diferencia de edad de los hijos, si tienen cinco años o si son púberes, indica la índole de explicación que será conveniente ofrecerles. Es habitual que ellos tengan compañeritos o amigos que son hijos de padres separados, de manera que el hecho lo conocen por haber escuchado hablar del tema; otro asunto es saberse protagonista.

No repetiré, por sabido, que una separación genera en los hijos una experiencia traumática que no equivale a neurosis. También pudimos comprobar durante nuestra práctica clínica que el impacto de la separación, si bien durante los primeros meses y el primer año de la misma influye notablemente en los hijos, no necesariamente se instala como un conflicto permanente en sus vidas. Los trastornos, alteraciones y síntomas que presentan algunos chicos en esa situación y que hace años se atribuyeron exclusivamente al divorcio de los padres, al punto de crear el prototipo de "hijos de padres separados", responden a múltiples motivos y raramente puedan asociarse exclusivamente con la separación cuando ya transcurrieron varios años de la misma.

En cambio, podemos afirmar que son numerosas las personas que durante su psicoanálisis o su psicoterapia recuerdan lo traumático de esa experiencia durante sus años de infancia: "A mí me aterrorizaba escuchar a mis padres cuando se peleaban. Yo tenía diez años y los recuerdo siempre en peleas. Cuando se produjo el divorcio pensé que sería un alivio, pero siguieron peleándose después por un motivo u otro: él no pasaba la mensualidad para alimentos, o no me venía a buscar el día previsto... Pero siempre terminaban a los gritos". O bien: "Soy hija de padres separados y ahora que yo me divorcié no quiero que mis hijos pasen por lo que yo pasé: era vivir permanentemente en tensión". Recordarlo no quiere decir revivirlo, o sea, los recuerdos significan superación del hecho traumático.

Los divorcios manejados como continuación de las violencias entre los miembros de la pareja inciden en los chicos, pero tengamos en claro: la violencia persistente, mantenida a pesar de la separación, es la que produce sufrimientos en las criaturas y retrasa la posibilidad de procesar los distintos momentos de esa historia de desencuentros parentales.

UNA CULTURA DEL DIVORCIO

Con el correr del tiempo fue constituyéndose una cultura del divorciarse que, más allá de los encontronazos previos entre los miembros de la pareja, reclama equilibrio cuando llega:

1) el momento de discutir los términos de esa separación, y

2) se pone en vigencia el ritmo de visitas y el pago de la cuota alimentaria.

"¡Pero Eva! ¿Cómo propone equilibrio? Si los vemos litigar enfurecidos y a veces no sabemos cómo calmarlos; parecen emperrados en sus posiciones. A veces si siquiera con la mediación podemos lograr equilibrio", nos dicen los abogados. Tienen razón: muchas veces ocurre de ese modo y es posible que no podamos lograr que regulen las respectivas hostilidades. No obstante, sabemos que en innumerables oportunidades ese hombre y esa mujer logran deponer sus furias e intentar, en homenaje a

Si algo puede transmitirse a los chicos cuando se les anuncia la separación es la evidencia de que ellos fueron concebidos con amor, es decir, en un momento en el que ese padre y esa madre ahora enfrentados, se entendían como hombre y mujer.

sus chicos, transmitirles a ellos que continúan amándolos como siempre.

El rescate del vínculo amoroso del cual provienen los hijos forma parte de una técnica que utilicé –y utilizo– en busca de un ordenador que me permita dialogar con la pareja consultante; si algo puede transmitirse a los chicos cuando se les anuncia la separación es la evidencia de que ellos fueron concebidos con amor, es decir, en un momento en el que ese padre y esa madre ahora enfrentados se entendían como hombre y mujer. El recuerdo de ese vínculo original –que no siempre puede ser rescatado por los dos miembros de la pareja– conduce el diálogo hasta determinadas zonas de encuentro asociadas con etapas juveniles de ambos padres; y ese recodo en la vida de ambos sirve para introducir una pausa en los diálogos casi siempre tensos que los padres explicitan cuando se trata de encontrar algún acuerdo respecto de los chicos.

"¿Cómo le decimos que vamos a separarnos?", preguntan. A veces la madre: "Yo ya algo les dije", comenta. "¡Pero si todavía no estábamos de acuerdo qué les íbamos a decir!", objeta el padre. O sea, desde aquí puede producirse otro desacuerdo. El hecho concreto es que la madre es la que vive con los chicos una vez que el padre dejó el domicilio conyugal y está expuesta a las preguntas de los hijos y a su propia necesidad de hablar.

Hasta aquí estoy omitiendo lo que se llaman las causales de un divorcio: un nivel es el común acuerdo por desentendimiento entre ambos, pero otra cosa es la que se torna incandescente cuando el padre o la madre pide el divorcio porque ya no ama al cónyuge y además está ensayando su vínculo amoroso con otra pareja. Cada situación ofrece una infinidad de matices, de manera que voy a obviar la clasificación de los que pueden evaluarse como motivos del divorcio, para limitarme a la inclusión de los hijos en esta nueva cultura del divorciarse.

Cada matrimonio elige su manera de explicarles a los hijos qué es lo que está por venir: el padre emigrará del domicilio común, se irá a vivir solo, o a casa de los abuelos, o con algún amigo (a veces con una nueva pareja). Esta es apenas una parte, un segmento de lo que constituye una descripción para los hijos, que ya conocen el malestar entre sus padres. Hasta ese momento los chicos contaban con una mamá y con un papá "normales" y previsibles. Por lo tanto es útil retrotraerse a esos tiempos:

"Mamá y yo –o papá y yo– nos conocimos cuando los dos íbamos a la escuela secundaria y empezamos a querernos y nos pusimos de novios. Eramos muy chicos y no podíamos pensar en casarnos, pero nos queríamos mucho y precisábamos estar juntos todo el tiempo posible. Entonces pensamos que cuando fuésemos mayores nos casaríamos, y así fue. Cuando terminamos de estudiar nos pusimos a trabajar hasta que nos casamos. Y fuimos muy felices y te tuvimos a vos. Pero a veces la gente deja de entenderse, y es muy difícil y duele mucho vivir con una persona con la que no nos entendemos; porque entonces estamos todo el tiempo enojados o peleándonos mucho. Y eso hace mal, hace sufrir. Por eso los grandes elegimos separarnos, aunque sabemos que los chicos se ponen tristes. Nosotros sabemos que vos no querrías que nos separásemos. Pero éste es un asunto entre la gente grande, y nosotros ya decidimos separarnos. Estamos muy tristes, no hubiésemos querido que nos pasara esto. Pero nos quedan los recuerdos de cuánto nos quisimos y también estás vos, que sos la garantía de lo bien que lo pasamos juntos al principio. Ahora va a ser distinto: papá se irá a vivir a otra parte, porque eso quiere decir divorciarse, que se separan todos los pedazos de la vida; se duerme separados, se come separados y ya no hay cosas que hagamos juntos. Solamente vamos a estar juntos cuando tengamos que decidir algo tuyo: a qué escuela vas a ir, por ejemplo. Además, tu papá va a quedarse con vos los días que vamos a elegir. Y vos podrás llamarlo por teléfono cuando quieras y él también. Vos siempre vas a tener un papá y una mamá, pero no van a vivir juntos. A veces a la gente grande le pa-


IMAGE BANK

san cosas muy feas y muy tristes, y divorciarse es una de esas cosas".

PARADOJAS Y CONTRADICCIONES

A esta altura los hijos más chicos están preguntándose: "Y si es feo y triste, ¿por qué no se quedan juntos?". Este interrogante infantil nos conduce al ámbito de las paradojas: "Si me quieren, ¿por qué se separan?", que, según pudimos apreciar en el psicoanálisis con niños, para algunos equivale a "¿Por qué me dejan?". Un requisito fundamental para la creación de lo que podríamos llamar conciencia moral de un sujeto, o lo que podríamos denominar Superyó es que los hechos y las palabras de los padres no ingresen permanentemente en contradicciones, especialmente cuando se trata del aprendizaje de normas sociales. En cambio cuando el padre le dice a su hijo, refiriéndose a la madre: "No le hagas caso a ésa...", produce una norma específica y descalificatoria respecto de la madre y una encrucijada acerca del obedecer que, por otra parte, vulnera el cuarto mandamiento de la ley mosaica: "Honra al padre y a la madre". Al oponerse a la misma –o aunque no sea ese mandamiento el que se recuerde desde una perspectiva religiosa– el hecho de enseñarle a descalificar a su madre instala una norma doméstica denigratoria para la mujer. Estas paradojas originadas en la cotidianidad difieren de las normas universales que los niños deben aprender a respetar, por ejemplo las que conciernen a los derechos humanos: no matar, no torturar, no violar las convenciones internacionales, defender el derecho al trabajo, a la vivienda, etc. La contradicción en el ámbito de las normas domésticas genera cortocircuitos de diversa índole que adquieren singular importancia para los hijos de padres separados, por ejemplo cuando la madre afirma: "No vas a ver a tu papá porque no pasa alimentos", cuyo mensaje implícito es: "No tenés que amar a tu padre porque es malo". Con lo cual, además de la privación que puede producir el padre, se añade el mandato, conflictivo por cierto, de no amarlo y no verlo. La norma doméstica que ella impone se contradice con la norma universal acerca del respeto debido a los padres. Algo semejante ocurre cuando el padre enfatiza su malestar hacia la madre diciéndole al hijo: "Si tu mamá te quisiera no saldría con otro hombre, se dedicaría a cuidarte y no trataría de meter otro tipo en tu casa, que fue la mía". En estas circunstancias ambos padres intentan deshonrarse recíprocamente; así producen paradojas y contradicciones muy complejas para que un chico las sobrelleve intelectual y emocionalmente.

El problema que producen las contradicciones reside en que los chicos no pueden evitarlas, ni huir de ellas. Uno de los efectos de las mismas reside en la vivencia de desamparo que padecen; cuando el modelo que significa la pareja parental aparece fisurado y entonces el Superyó incipiente de los chicos suele tornarse rígido y cruel y por momentos sentirse ellos los responsables de la separación "por haberse portado mal". En paralelo, ese desamparo se potencia cuando los hijos se convierten en testigos involuntarios que deben silenciar lo que uno de los padres le solicita que calle: "No le digas a papá que fuimos a tal parte", por ejemplo, o "No le digas a mamá que salimos con una señorita

REFLEXIÓN: Las paradojas que descalifican a uno de los miembros de la pareja, instaladas en el pensamiento de los chicos, los perturban porque no saben cómo evadir el sobresalto que les producen.

Cuando los padres se separan, producen un sufrimiento acompañado por una paradoja específica, ya que para los chicos son ellos los que contrarían una norma consensual: se descuenta que los padres deben mantenerse unidos y preservar el bienestar de los hijos.

que es amiga mía", o sea, merced a la confidencia adulta se convierte para los padres en un testigo del cual dependen y al que deben controlar (para que no hable). Lo convierten en cómplice de las que consideran transgresiones; no tienen en cuenta que para el aparato psíquico –por llamarlo de algún modo– es casi imposible ocultar aquello que estima peligroso o criticable; es casi una obligación de la mente trasladar al lenguaje aquello que inicialmente fue un acto derivado de decisiones adultas, cuyo destino es convertirse en palabras. Es casi imposible dejar de confesar, de contárselo a alguien. Esta mecánica que pueden protagonizar los hijos es la misma que conduce a algunos padres a hacerle confidencias al chico cuando aún no estaban separados, por ejemplo: "Me llevo muy mal con papá, vamos a tener que divorciarnos...". O bien: "Tengo otra pareja porque tu mamá no me entiende". Una vez avanzadas estas confidencias, los padres quedan simbólica y realmente en poder de los hijos y se modifica sustancialmente la relación con ellos. ¿Cómo se siente el niño cuando se encuentra en esta situación? Conoce los secretos e intuye que si habla él correrá un riesgo y también uno de sus padres; entonces tiene que "tragarse" lo que sabe o encontrar una solución de transacción para resolverlo, y a veces, esas transacciones son psicopatológicas.

Cualquier niño o niña deberá manejarse con paradojas y contradicciones en distintos ámbitos de su vida, pero las que resultan de la separación de sus padres ponen en práctica recursos diferentes de los que utilizan otros niños; a veces no los encuentran, de allí la aparición de algunos trastornos particularmente durante el primer año del divorcio.

Cuando los padres se separan, producen un sufrimiento acompañado por una paradoja específica, ya que para los chicos son sus padres los que contrarían una norma consensual: se descuenta que ellos deben mantenerse unidos y preservar el bienestar de los hijos. Cuando no es posible la pareja, las disidencias, acusaciones, desacuerdos y desentendimientos deberían mantenerse en el estricto ámbito de los diálogos de los adultos. Difícilmente sucede de este modo. Cada vez que trabajé como perito presencié la extrema complejidad de los sentimientos que se daban cita en el ánimo de hombres y mujeres que alguna vez se amaron y que ahora no consiguen proteger de ellos mismos al hijo que fue espejo del amor inicial.

REDES FAMILIARES

La adaptación a esta nueva situación es compleja pero puede organizarse aceptablemente si los padres consiguen mantenerse calmos comprendiendo que en esta circunstancia ellos son el sostén más eficaz para el niño o los niños. Si los adultos no asumen la nueva función de padres separados, comenzará un nuevo período de violencias, como las que pudieron haber protagonizado previamente, porque pretenderán conducir su relación con la que fue su pareja como si la separación no existiese, por ejemplo, controlando los horarios del otro cónyuge, o sus actividades o sus amistades. Intentarán averiguar, por medio de los hijos, qué es lo que el otro o la otra hace, y de este modo prolongarán el estado de tensión de los chicos, colocados en situación de elegir a uno u otro. En estos momentos es cuando pueden aparecer síntomas indicadores de una depresión (con las características de la infancia) o de un estrés.

Un hecho que suele escapar a la evaluación del estado de los chicos reside en que ellos no entienden por qué no pueden decidir algo acerca de sí mismos: con quién vivir, cuándo visitar al padre, por ejemplo. En el divorcio los chicos quedan sujetados a las decisiones parentales y judiciales aunque ellos se sientan capaces de opinar y aunque constituyan una parte clave de todo divorcio. Por razones proteccionales no se les da intervención en los juicios, pero los chicos precisan hablar del tema con alguien; éste es el momento en el que las redes familiares y amicales adquieren eficacia: tíos, primos, abuelos y amigos pueden colaborar, probablemente más tranquilos que los padres; si bien no se me escapa que algunos abuelos y abuelas a veces están demasiado comprometidos con sus propias furias contra uno de los cónyuges.

Papá se va de casa



Una de las preguntas que escucho reiteradamente la formula el padre: "Cuando yo me vaya de casa, el nene, ¿tiene que estar presente? ¿Tiene que verme preparar las valijas y llevarme lo que es mío, los casetes y los CD, la ropa, los libros...?".

A mi vez, repregunto: "¿Qué querría hacer usted?". La duda del padre está fundada en la intención de no dañar a los hijos, porque los adultos sospechan, no sin razón, que presenciar esta recolección de objetos personales para retirarlos del que hasta ahora había sido el hogar podría perturbar a los chicos.

Algunos padres me han narrado su experiencia: "Mi nena, que tenía 12 años cuando me separé, me ayudó a hacer las valijas y creo que eso contribuyó para que entendiera que me iba de casa". Este es un planteo. Otro planteo surge cuando se trata de chicos de cuatro o cinco años, cuya presencia nos sugiere reflexionar acerca de ese "vaciamiento" de los placards, ese amontonar la ropa sobre la cama matrimonial y la selección de libros: "Este es mío, éste es de tu mamá...".

La experiencia muestra que el varón suele hacer comentarios mientras retira sus bienes. Y esos comentarios no son estimulantes, más aún, con frecuencia filtran expresiones negativas hacia la madre del niño.

Para los hombres, irse de la que fue su casa constituye un trámite complejo, que lo sitúa en papel de perdedor, ya que está abandonando el ámbito doméstico donde permanecerán sus chicos, alejados de él. Aunque él haya sido quien eligió partir, esa retirada, que a veces puede sentir como un alivio, implica:

1) separarse de sus hijos, 2) separarse de un entorno cargado de recuerdos que en algún momento fueron amorosos. Es decir, que su estado de ánimo, que puede implicar, repito, un alivio, está signado por el dolor. En otras oportunidades, por la ira.

Planteo la duda parental en este terreno que describe someramente el estado de ánimo por parte del padre, porque la presencia de los chicos pequeños durante la preparación de las valijas no parece recomendable. Máxime si su mamá, previamente, explicó que el padre "se llevaría sus cosas", lo cual es parcialmente acertado: ¿cuáles serán para el chico las "cosas" del papá? Si para los adultos puede resultar claro y evidente cuáles son las respectivas pertenencias, ignoramos cuáles serán los sentimientos de los chicos, a lo que se añade que podríamos interpretar ese acumular posesiones como una exhibición por parte del padre. Cada situación reclama una apreciación personalizada: es necesario que los hijos sepan que el papá retirará de la casa aquello que sea propiedad personal, y que cuando regrese del jardín de infantes o de la escuela encontrará que faltan objetos que él veía diariamente, pero no parece prudente exponerlos a ver la partida de su padre. Es diferente para ellos saber que ese papá regresará a buscarlos al día siguiente, por ejemplo, para pasear o almorzar.

Lazos que no se desatan

Aun cuando la pareja se haya divorciado, ambos cónyuges seguirán unidos en el tiempo a través de los hijos. Estos se convertirán, luego de la separación, en sujetos activos que "sujetan" a sus padres sin necesidad de unirlos. En ellos no sólo está la carga genética de los dos sino que además se transformarán en aliados y hasta enemigos del papá o de la mamá alternativamente. Así los chicos también ensayan sus propias estrategias.



El hijo, ya sea en presencia o como proyecto o como recuerdo y nostalgia, inevitablemente estará siempre entre ambos padres, uniéndolos por el solo hecho de existir. No siempre ocupará un lugar como sujeto pasivo "al que le ocurrió algo penoso, sus padres se separaron", sino también ocupará un lugar activo, como aliado, intermediario o enemigo a veces pero siempre colocado en la coyuntura de lo que siendo separable: la vida, los cuerpos, los destinos de los padres, permanece sujetado en el silencioso pero evidente código genético que posee el hijo. El hijo es el sujeto que sujeta, más allá de su decisión o de la voluntad de sus padres; sujeta sin necesidad de unir, configurando una peculiar forma del poder que será parte de su estrategia como hijo de padres separados. ¿Estrategias? ¿Los chicos? Sabiéndolo o ignorándolo los hijos ponen en marcha estrategias, conscientes o no, que resultan del poder del que disponen y que aprenden a reconocer no bien se produce la separación.

Al margen de sus deseos de mantener unida a la pareja parental y de sus fantasías de unirlos nuevamente, los hijos ocupan un lugar activo: son sujetos que sujetan a quienes no desean estar juntos ni sujetados entre sí; no pudieron impedir la des-unión de sus padres, pero llevan consigo la capacidad sujetante que deriva de sus genes heredados de ellos.

La fuerza activa de los hijos de padres separados se caracteriza porque consiguen, con frecuencia, que tanto su papá cuanto su mamá insistan para sentirse el o la elegido/a en desmedro del otro. El poder de los hijos aumenta porque los padres los utilizan para enviarse mensajes con diversas tonalidades; aunque la tenencia haya quedado a cargo de uno u otra, la lucha entre ellos continúa por medio de los hijos, que se convierten en prendas de esa disputa por el poder, por las cosas materiales y por las dimensiones subjetivas: "¿a quién prefiere, al padre o a la madre?".

Lo que cuesta reconocer es que en el hijo siempre estará el otro, en la cara del niño o de la niña que reproduce su figura, aquel o aquella de quien uno o una se divorció. La gravedad de esta persistencia radica en el desborde, más allá de lo imparable de la evidencia cromosómica, cuando los adultos continúan el litigio a través de los chicos. Así los hijos arriesgan convertirse en capitales que circulan entre ambos padres, aposentándose al lado de uno o de la otra. El desarrollo de este tema, con inclusión de la tarea que llevan a cabo los abogados que se ocupan de Derecho de Familia, se encuentra en el libro que produjimos junto con Silvia Chavanneau de Gore y con Ricardo Oppenheim; esta obra se utilizó para fundamentar la nueva ley de matrimonio que autoriza el divorcio y el nuevo matrimonio; se llama *Divorcio y Familia* y lo editó Sudamericana.

LOS MITOS ACERCA DE LOS HIJOS DE PADRES SEPARADOS

Con cierta regularidad se utiliza la expresión hijos del divorcio; su aplicación no es grave, pero carece de toda ingenuidad. Es un modo de discriminar a los chicos cuyos padres se separaron, anticipándoles problemas irresolubles o capaces de gestar psicopatologías graves, lo cual, habitualmente, es una apreciación ajena a los hechos reales.

Según las afirmaciones de múlti-

REFLEXIÓN: Culpabilizar al divorcio de los padres por los trastornos que pudieran presentarse en los hijos sólo consigue crear malestar en los adultos y no alivia a los chicos.

IMAGE BANK

Si los padres insisten en almorzar con los hijos, además de acceder a las visitas reguladas por el juez, es prudente, sin desarticular los horarios de los chicos, responder afirmativamente a esta demanda.

ples profesionales, el hijo de padres separados está destinado a ser un neurótico, o por lo menos sistemáticamente desdichado. El consenso popular avala este prejuicio y se convierte en obstáculo para continuar pensando acerca de la frase cuyo sentido sería: "¿Se separaron?, ¡qué barbaridad!! ¡Cómo no pensaron en los chicos!"

Con lo cual derrapan riesgosamente en la dinámica de la causalidad: "Dado que son hijos de padres separados vamos a tener tales y cuales problemas" como algo inevitablemente neurotizante. Pero los hijos de padres divorciados no están destinados fatalmente a transformarse en neuróticos o transgresores de las leyes. No contamos con estadísticas ni con investigaciones que puedan sostener esta tesis; existen alguna cifras, pero las mismas deben ser contrastadas con los datos de otras investigaciones, además de no descuidar el origen de las mismas; porque en dichos orígenes pueden rastrearse, a veces, el interés y la ideología de sus promotores. Sabemos que las consecuencias del divorcio están relacionadas con los recursos del aparato psíquico de cada niño, con sus experiencias anteriores, y con el continente social donde se desarrolla su vida. Así como es esperable que el conflicto que genera una separación incida en cada niño de diversas maneras, también sabemos cuáles son los efectos de convivir con padres que se detestan, se maltratan, no se entienden en ningún nivel y transcurren sus días sufriendo.

Suponer que todo hijo de divorciados será un "niño problema" implica des-sacralizar a esa criatura que es el producto de un matrimonio que se convierte en responsable por el equilibrio mental de esos chicos; pierden su sacralidad como producto de un matrimonio, como prole y descendencia –que son palabras mayores de la filiación– para desviarlos a la categoría de niños sospechados de futuras neurosis. Pasarían a ser la evidencia supuesta del fracaso de sus padres como organizadores de familias.

Por otra parte se deposita en el niño la idea de castigo a los padres: "Si tienen un chico trastornado es por culpa de ustedes, porque se separaron, entonces paguen ese error mediante un hijo problema". La ferocidad y el absurdo de esta idea –que años atrás funcionó como planteo principista en los ámbitos religiosos– responden a la concepción de familia como entidad inamovible y ahistórica, ajena a las modificaciones que cada época propone o impone, y que

REFLEXIÓN: Los hijos de padres separados ocupan un lugar activo a partir de la separación; sin proponérselo ejercen el poder de parecerse a sus padres, de modo que siempre los dos padres están presentes en su cuerpo de hijo.

suele incluir los cambios que se suscitan en la personalidad de hombres y mujeres. Como si se construyese una ecuación: trastorno psíquico de los hijos = culpa parental = castigo = expiación (sufrimiento de los hijos por culpa de los padres).

Es decir, los hijos pagando las culpas de los padres, la creación simbólica y cultural de una víctima propiciatoria que deberá funcionar como acusación permanente para quienes se divorciaron.

Es necesario refinar los niveles de análisis cuando se trata de evaluar la vida de estos chicos: si se encuentra cercano al divorcio, cuánto tiempo transcurrió desde el mismo, qué presenció antes del divorcio y cómo se regulan actualmente su régimen de visitas y el cumplimiento de la responsabilidad que impone la cuota de alimentos y la presencia parental en las visitas.

LAS VISITAS

Si los padres no llegan a una negociación basada en la coherencia, los chicos serán protagonistas de aventuras que, en oportunidades, debido a su ridiculez llegan a confundirlos. "La madre siempre se queda con la ropa nueva que yo le compro al nene y para salir conmigo 'me' lo viste con lo más viejo que tiene", dice el padre. Por su parte, una madre: "Yo no sé qué hace el padre con la ropa, la pierde, siempre lo devuelve con zoquetes diferentes".

Al lado de estos problemas se configuran conflictos angustiantes para todos y cuya resolución es compleja, en particular cuando la madre o el padre no consiguen ceder en sus posiciones; o cuando los chicos dicen que no quieren encontrarse con el progenitor que tiene a su cargo las visitas. Cuando los chicos cumplen años, ¿el padre tiene que ingresar en la que fue su casa para acompañarlo en la reunión con amigos? Cuando se enferma, ¿el padre tiene que acompañarlo dentro de la casa? Los chicos, ¿tienen que encontrarse con el padre en el departamento o en la puerta de calle? El padre –o la madre– ¿tiene que salir a solas con los chicos o pueden llevar a cabo las salidas con las nuevas parejas? ¿Con cualquier acompañante ocasional o sólo con una pareja nueva, pero sólo si es "en serio"? En la fiesta de fin de año de la escuela, ¿padre y madre deben asistir juntos o separados? ¿Cómo proceder durante las vacaciones?

Una perspectiva nueva es la que ofrecen los padres actuales que asumen su derecho de visita y reclaman mayor tiempo para estar con ellos; durante décadas luchamos para lograr que los padres no se desentendieran de los hijos. Ahora comenzó a suceder lo que postulábamos, entonces vale la pena admitir que si los padres insisten en almorzar con los hijos, además de acceder a las visitas reguladas por el juez, es prudente, sin desarticular los horarios de los chicos, responder afirmativamente a esta demanda. Con lo cual además de beneficiar a los niños se avanza en el proyecto de construir una paternidad responsable y aliviar a la madre de sus ocupaciones. Otra novedad es la que encontramos en los hijos que tienen entre 8 y 10



años y que preguntan con criterios propios, por ejemplo, que se les explique cuál es el trabajo del juez que dictará sentencia, o si ellos deberán concurrir a tribunales, y cuánto es lo que saben los jueces para decidir si los padres deben divorciarse o mantenerse juntos; en cuanto a saber las razones que decidieron el divorcio, por lo general las conocen, si bien el argumento de "crueldad mental" les resulta de difícil comprensión.

Los interrogantes son infinitos y en cada consulta, a pesar de la experiencia que nos permite prever ciertos resultados, se mantienen pendientes incógnitas propias de cada familia.

No sería posible incorporar recomendaciones acerca de lo que psicológicamente conviene, dada la pluralidad de situaciones con características propias. Pero no caben dudas de que la terquedad y la exasperación de las propias lógicas por parte de los adultos no coadyuvan a mantener las visitas en un circuito de convivencia y de reencuentro entre el padre –o madre– que concurre a la visita y sus hijos.

IMAGE BANK

REFLEXIÓN: Cuando divorciarse es imprescindible, más allá del dolor y de la ira que pueden sobrellevar los adultos, la responsabilidad parental se torna incandescente: hombres y mujeres se convierten en guardianes de la salud mental de sus hijos. No se trata de ganarle al ex marido o a la ex esposa, sino de fundar un nuevo modelo de familia que sobreviva al desencuentro entre los adultos y persista para los hijos: ellos no pierden a su familia, aprenden a reconocerla transformada.



Los hijos no son rehenes

La separación de bienes y el pago de la cuota alimentaria por parte de los padres en cuyas manos el juez ha dejado esa responsabilidad, suelen acarrear problemas entre los cónyuges que muchas veces utilizan a los hijos como prenda para fortalecer sus posiciones. Es obvio que esto no colabora con ellos, pero esta situación pone de manifiesto también un problema de género que devela la dificultad de algunas mujeres para mantener su vida laboral después del nacimiento de sus hijos.

No es necesario abundar en información, porque se trata de un problema conocido, que los chicos suelen convertirse en la prenda que utilizan los adultos para mantener sus rencillas.

Cuando se trata del pago de la cuota alimentaria mensual, nos encontramos con un problema repetido: "Yo no puedo pagar lo que ella pide", afirma el padre, mientras la mujer enumera las condiciones e ingresos con los que cuenta su ex marido. Mi experiencia repite las mismas historias: dificultad para que los padres cumplan con el pago de la cuota determinada por el juez. A las complicaciones reales se añade, muchas veces, la cerrada oposición a enviarle dinero a la ex mujer porque se supone que lo invierte en cosas para ella, o porque "tiene que arreglarse con menos" o bien: "que salga a trabajar". Esta última pretensión por parte del padre evidencia que no puede reflexionar: su ex mujer se ocupó durante diez o doce años de regular su vida según las obligaciones de un ama de casa, sumadas a la crianza de los hijos: ¿con qué preparación cuenta para conseguir un trabajo remunerado, hoy en día? Si se trata de una profesional, abandonó su práctica diez años atrás, ¿cuánto le llevará actualizarse? Si estuvo empleada en alguna oficina, ¿cuánto tardará en reunir los requisitos que actualmente se solicitan para ingresar en las actividades públicas: saber inglés o experiencia en computación o ambas? ¿Con qué referencias de actividades laborales cuenta? Es obvio que desembarcaré en el tema género: ¿por qué tantas mujeres con motivo de su casamiento y del nacimiento de sus hijos se desentienden de sus capacidades intelectuales que las capacitan para moverse con autonomía laboral? Porque los bebés necesitan de la presencia de sus mamás. De acuerdo: de sus mamás y de sus papás entrenados en ocuparse de ellos a la par que las madres aunque con otros estilos. Y una vez que el bebé se convirtió en un preescolar, ¿por qué esa mujer persiste exclusivamente en la domesticidad y en la crianza? Ya escuché el contraargumento: "Pero Eva, ¡una no se casa pensando en divorciarse!... Una confía en que todo andará bien..." Perfecto, pero esta confianza no coincide con los hechos. Además, no se trata de mantener la responsabilidad laboral sólo pensando en un divorcio, sino porque esa aptitud es un capital que no debe perderse porque forma parte fundante de la personalidad.

Aunque no exista divorcio, no hay razón –salvo una real vocación que sostenga la plenitud de una persona que elige desarrollar su vida exclusivamente en la crianza de los hijos y en la domesticidad, vocación que es valiosa y que se encuentra a menudo–, exceptuando este modelo, corresponde pensar por qué tantas mujeres renuncian a sus aptitudes en terrenos profesionales y laborales de diversa índole.

Retomando el punto acerca de la cuota alimentaria: "Que ella salga a trabajar" puede transformarse en una compadrada masculina, que como todas las compadradas carece de soporte racional. Innumerables mujeres divorciadas no salen a trabajar porque no tienen cómo hacerlo; menos aún actualmente. En paralelo ustedes pueden darme ejemplos de mujeres que "le sacaron todo al marido, y el pobre hombre encima le tiene que pasar mensualmente un montón de plata"; acordaré con ustedes que estas historias existen. Pero no estoy hablando de ellas, sino de las otras.



EN EL PROXIMO FASCICULO

Adolescentes:

* El derecho a ser escuchados.

* La necesidad de diferenciarse.

* Los enfrentamientos entre padres e hijos.

* El contrato: otra forma de convivencia.

* ¿A qué se refieren los adolescentes cuando hablan de familia?